LEV TOLSTÓI

INFANCIA. ADOLESCENCIA. JUVENTUD

TRADUCCIÓN DEL RUSO
DE SELMA ANCIRA

BARCELONA 2026  ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Детство. Отрочество. Юность*

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2026 by Selma Ancira Berny
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S. A.

La traducción de este libro se realizó
con el apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte
de la Secretaría de Cultura del Gobierno de México

En la cubierta, *El juego del látigo* (1872), de Winslow Homer

ISBN: 979-13-87964-78-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 19 619-2026

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2026*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

INFANCIA

I. El maestro Karl Iványich, 11 –
II. «Maman», 18 – III. Papá, 22 – IV. Las clases, 27 –
V. «Yuródivy» , 31 – VI. Preparativos para la partida de caza, 37 – VII. La partida de caza, 40 – VIII. Juegos, 46 –
IX. Algo así como un primer amor, 49 –
X. ¿Qué clase de hombre era mi padre?, 51 –
XI. Actividades en el estudio y en la sala, 54 –
XII. Grisha, 58 – XIII. Natalia Sávishna, 62 – XIV. La separación, 67 – XV. Infancia, 73 – XVI. Los versos, 77 – XVII. La princesa Kornakova, 85 – XVIII. El príncipe Iván Iványich, 90 – XIX. Los Ivin, 95 –
XX. Llegan los invitados, 103 – XXI. Antes de la mazurca, 109 – XXII. La mazurca, 114 – XXIII. Después de la mazurca, 117 – XXIV. En la cama, 122 – XXV. La carta, 125 – XXVI. Lo que nos esperaba en la aldea, 131 – XXVII. El dolor, 135 – XXVIII.
Los últimos recuerdos tristes, 141

ADOLESCENCIA

I. Un viaje sin cambiar caballos, 155 –
II. La tormenta, 164 – III. Un nuevo punto de vista, 170 – IV. En Moscú, 175 – V. El hermano mayor, 177 – VI. Masha, 181 – VII. Mostacilla, 184 –
VIII. La historia de Karl Iványich, 188 – IX. La continuación de lo anterior, 192 – X. Continuación, 196 – XI. Un uno, 199 – XII. La llavecita, 205 –

XIII. La traidora, 208 – XIV. La ofuscación, 211 – XV. Ensoñaciones, 214 – XVI. Si hay molienda habrá harina, 219 – XVII. Odio, 225 – XVIII. El cuarto de las criadas, 228 – XIX. Adolescencia, 234 – XX. Volodia, 238 – XXI. Kátienka y Liúbochka, 242 – XXII. Papá, 244 – XXIII. La abuela, 248 – XXIV. Yo, 251 – XXV. Los amigos de Volodia, 253 – XXVI. Razonamientos, 256 – XXVII. El inicio de una amistad, 262

JUVENTUD

I. Lo que yo considero el inicio de mi juventud, 269 – II. La primavera, 271 – III. Sueños, 275 – IV. Nuestro pequeño círculo familiar, 280 – V. Las reglas, 285 – VI. La confesión, 288 – VII. Viaje al monasterio, 291 – VIII. La segunda confesión, 295 – IX. Cómo preparo mi examen, 298 – X. El examen de historia, 301 – XI. El examen de matemáticas, 307 – XII. El examen de latín, 311 – XIII. Ya soy grande, 316 – XIV. De qué se ocupaban Volodia y Dubkov, 323 – XV. Me felicitan, 328 – XVI. La disputa, 333 – XVII. Me dispongo a realizar algunas visitas, 339 – XVIII. Los Valajin, 344 – XIX. Los Kornakov, 350 – XX. Los Ivin, 354 – XXI. El príncipe Iván Iványich, 359 – XXII. Una conversación íntima con mi amigo, 363 – XXIII. Los Nejliúdov, 369 – XXIV. El amor, 375 – XXV. Comienzo a familiarizarme, 381 – XXVI. Me muestro desde mi lado más favorable, 386 – XXVII. Dmitri, 391 – XXVIII. En la aldea, 397 – XXIX. Nuestras relaciones con las niñas, 403 – XXX. Mis ocupaciones, 409 – XXXI. *Comme il faut*, 414 – XXXII. Juventud, 418 – XXXIII. Los vecinos, 426 – XXXIV. El matrimonio de

mi padre, 432 – XXXV. Cómo recibimos esta noticia, 436 – XXXVI. La universidad, 442 – XXXVII. Asuntos del corazón, 448 – XXXVIII. La alta sociedad, 451 – XXXIX. La juerga, 455 – XL. La amistad con las Nejliúdov, 461 – XLI. La amistad con Nejliúdov, 466 – XLII. Nuestra madrastra, 472 – XLIII. Nuevos compañeros, 479 – XLIV. Zujin y Semiónov, 488 – XLV. Repruebo, 495

INFANCIA

I

EL MAESTRO KARL IVÁNICH

El 12 de agosto de 18…, exactamente tres días después del aniversario de mi nacimiento, cuando cumplí diez años y recibí unos regalos maravillosos, a las siete de la mañana Karl Iványich me despertó con el golpe que le había dado a una mosca justo encima de mi cabeza con un matamoscas de papel de azúcar atado a un palito. Y lo había hecho de una forma tan torpe que rozó la imagen de san Nikolás que colgaba sobre la cabecera de roble de la cama y la mosca muerta fue a dar directamente en mi cabeza. Saqué la nariz de las mantas, detuve con la mano la imagen que seguía balanceándose, tiré la mosca muerta al suelo y, aunque con ojos adormilados, miré a Karl Iványich enfadado. Entretanto él, envuelto en su abigarrada bata de algodón acolchado que llevaba ceñida con un cinturón del mismo material, con su gorrita roja tejida y con pompón, y calzado con suaves botas de cabritilla, continuaba caminando cerca de las paredes, apuntando a las moscas y dándoles.

«Digamos que soy pequeño—pensaba yo—, pero ¿por qué me molesta? ¿Por qué no mata las moscas junto a la cama de Volodia?[1] ¡Y cuántas hay! Pero no, porque Volodia es mayor que yo; y yo soy el más pequeño de todos: por eso me martiriza. Sólo en eso piensa todo el tiempo—susurré—en darme disgustos. Ve muy bien que me he despertado y asustado, pero hace como si no se diera cuenta…, ¡qué señor tan desagradable! Su bata, su gorrita y el pompón…, ¡qué desagradables son!».

[1] Volodia, diminutivo de Vladímir. (*Todas las notas, salvo otra indicación, son de la traductora*).

En el momento mismo en que yo expresaba mentalmente mi irritación contra Karl Iványich, él se acercó hasta su cama, echó una mirada al reloj que estaba suspendido sobre un zapatito recamado con abalorios, colgó el matamoscas en un clavito y, según se veía, en un estado de ánimo inmejorable se volvió hacia nosotros.

—*Auf, Kinder, auf!… S'ist Zeit. Die Mutter ist schon im Saal* ['¡Arriba, niños, levántense!… Ya es hora. Su madre ya está en la sala']—gritó con su bondadosa voz alemana, luego se acercó a mí, se sentó a los pies de mi cama y sacó de su bolsillo la tabaquera.

Yo fingí que estaba dormido. Karl Iványich aspiró, se sonó la nariz, tronó los dedos y sólo después me hizo caso. Riendo, comenzó a hacerme cosquillas en los pies.

—*Nu, nun Faulenzer!* ['¡Arriba, levántese, vago!']—decía.

Por más miedo que me dieran las cosquillas, ni salté de la cama ni le respondí, sólo hundí la cabeza todavía más abajo de la almohada dando patadas e intentando contener la risa de todas las maneras posibles.

«¡Qué bueno es y cuánto nos quiere! ¡Y yo que he pensado tan mal de él!».

Sentí pesar por mí y por Karl Iványich, tenía ganas de reír y de llorar al mismo tiempo: tenía los nervios deshechos.

—*Ach, lassen Sie* ['¡Ay, déjeme!]*, Karl Iványich!*—grité con lágrimas en los ojos, asomando la cabeza por debajo de las almohadas.

Karl Iványich se sorprendió, dejó tranquilas las plantas de mis pies e, inquieto, comenzó a interrogarme: ¿qué me pasaba?, ¿había visto algo feo en sueños?… Su bondadosa cara alemana, el interés con el que se esforzaba por adivinar la razón de mis lágrimas, hacían que éstas corrieran aún más abundantemente: sentía vergüenza y no entendía cómo apenas un momento antes había podido no amar a

Karl Iványich y encontrar desagradables su bata, su gorrita y el pompón. Ahora, por el contrario, todo me parecía bonito en extremo, y hasta el pompón me parecía una clara demostración de su bondad. Le dije que lloraba porque había tenido una pesadilla, como si *maman* hubiera muerto y la llevaran a enterrar. Todo era inventado, porque no me acordaba de lo que había soñado esa noche. Pero cuando Karl Iványich, conmovido por mi relato, se puso a consolarme y a tranquilizarme, me pareció que en realidad había tenido ese sueño terrible y entonces las lágrimas corrieron por una razón distinta.

Cuando Karl Iványich me dejó y yo, incorporándome en la cama, comencé a ponerme las medias en mis pequeñas piernas, las lágrimas se calmaron un poco, pero los tristes pensamientos a propósito del sueño inventado no me dejaban. Entró el tío Nikolái, un hombrecito pequeño, limpiecito, siempre serio, pulcro, respetuoso y gran compañero de Karl Iványich. Nos traía nuestra ropa y nuestro calzado: a Volodia botas, y a mí todavía aquellos insoportables zapatos con lacitos. Frente a él me habría dado vergüenza llorar; además el solecito matutino ya iluminaba las ventanas y Volodia, imitando a Maria Ivánovna (la institutriz de mi hermana), reía con una risa tan alegre y sonora inclinado sobre el palanganero que hasta el serio Nikolái, con la toalla al hombro, el jabón en una mano y la jofaina en la otra, dijo sonriendo:

—Basta, Vladímir Petróvich, tenga la bondad de lavarse.

A mí me volvió el buen humor.

—*Sind Sie bald fertig?* ['¿Les falta mucho?']—se oyó desde el cuarto de estudio la voz de Karl Iványich.

Su voz ahora era severa y ya no tenía aquella expresión de bondad que me había conmovido hasta las lágrimas. En el cuarto de estudio, Karl Iványich era una persona totalmente distinta: era un preceptor. Me vestí rápidamente, me lavé

y, con el cepillo todavía en la mano, acudí a su llamado alisándome el cabello húmedo.

Karl Iványich, con las gafas sobre la nariz y un libro en las manos, estaba sentado en su lugar de siempre, entre la puerta y la ventana. A la izquierda de la puerta había dos estantes: uno nuestro, el de los niños, y el otro de Karl Iványich, *personal*. En el nuestro había todo tipo de libros: de estudio y de no estudio: unos de pie, otros acostados. Sólo dos grandes volúmenes de la *Histoire des voyages*,[1] encuadernados en rojo, estaban ceremoniosamente apoyados contra la pared; pero luego había libros altos, gruesos, grandes y pequeños, forros sin sus libros y libros sin sus forros: todo lo amontonábamos ahí cuando, antes del recreo, se nos mandaba ordenar la biblioteca, como pomposamente llamaba Karl Iványich a aquel estante. La colección de libros en el estante *personal*, aun si no era tan grande como la nuestra, era más variada todavía. Me acuerdo de tres libros: un opúsculo alemán sobre el abono de los huertos en los que se cultiva la col—sin tapas—, un tomo de historia de la Guerra de los Siete Años—en pergamino, con una esquina quemada—y un curso completo de hidrostática. Karl Iványich pasaba la mayor parte de su tiempo leyendo, y por eso incluso se había arruinado la vista. Pero, aparte de estos libros y de *La abeja del norte*,[2] no leía nada más.

Entre los objetos que estaban en su estantería, había uno que me lo recuerda especialmente: un disco de cartón que, colocado encima de un pie de madera, se movía gracias a unas horquillas. Había pegado en el disco un dibujo que representaba la caricatura de una señora y un peluquero.

[1] *Histoire générale des voyages*, París, 1746-1770.

[2] Revista político-literaria fundada por Fadéi Bulgarin, que en sus inicios fue liberal y más adelante, después de la rebelión de los decembristas en 1825, se volvió conservadora.

Karl Iványich sabía encolar muy bien, y él había inventado y hecho el disco para proteger sus débiles ojos de una luz demasiado intensa.

Como si fuera hoy, veo frente a mí aquella larga figura envuelta en su bata de algodón y con su gorrita roja, por debajo de la que asoman unos ralos cabellos canos. Está sentado al lado de la mesita en la que se encuentra el disco con el peluquero, que le da sombra a su cara. En una mano tiene un libro, la otra descansa sobre el reposabrazos del sillón. Junto a él está el reloj con un cazador pintado en la carátula, un pañuelo a cuadros, una tabaquera negra, redonda, el estuche verde para los anteojos y unas pinzas en una bandejita. Todo esto está colocado en su sitio con tanto decoro y esmero que sólo por eso se puede deducir que Karl Iványich tiene la conciencia limpia y el alma tranquila.

A veces, después de haber corrido hasta el cansancio por la sala, de puntitas, y sin que me vieran, subía al cuarto de estudio y veía a Karl Iványich sentado, solo, en su sillón, con su expresión tranquila y solemne, leyendo alguno de sus libros preferidos. De tanto en tanto lo encontraba en un momento en que no estaba leyendo: los lentes habían resbalado por su aguileña nariz, los entrecerrados ojos azules miraban con una expresión particular y los labios sonreían melancólicamente. En la habitación reinaba el silencio, sólo se oía su respiración regular y el tictac del reloj con el cazador en el cuadrante.

En ocasiones no se percataba de mi presencia, y yo me quedaba de pie junto a la puerta y pensaba: «¡Pobre, pobre viejo! Nosotros somos muchos, jugamos, estamos contentos, pero él está solo, solito, y nadie lo acaricia. No miente al decir que es huérfano. ¡Y qué terrible es la historia de su vida! Me acuerdo de cuando se la contó a Nikolái, ¡qué terrible encontrarse en su situación!». Y me daba tanta tristeza que a veces me acercaba a él, tomaba su mano y le de-

cía: «*Lieber Karl Iványich!*». A él le gustaba que le hablara así; siempre me acariciaba y parecía conmovido.

En la otra pared había colgados mapas geográficos, casi todos rotos, pero hábilmente encolados por la mano de Karl Iványich. En la tercera pared, en medio de la cual se encontraba la puerta que llevaba abajo, de un lado estaban colgadas dos reglas: una con cortes—la nuestra—y la otra nuevecita—la suya *personal*, que él utilizaba más para motivarnos que para trazar líneas—; y del otro había una pizarra en la que con un círculo se señalaban nuestras faltas grandes y con una crucecita, las pequeñas. A la izquierda de la pizarra estaba el rincón donde nos hacían ponernos de rodillas.

¡Cómo me acuerdo de ese rincón! Recuerdo la rejilla de la estufa, el respiradero y el ruido que producía cuando la giraban. A veces estaba en el rincón mucho rato, tanto que me empezaban a doler las rodillas y la espalda, y pensaba: «Karl Iványich se ha olvidado de mí: él seguramente está muy cómodo sentado en su mullido sillón leyendo su hidrostática, pero ¿y yo?». Y entonces, para que se acordara de mí, comenzaba poco a poquito a abrir y a cerrar la rejilla de la estufa o a rascar el estuco de la pared. Pero si, de pronto, un pedazo demasiado grande caía al suelo haciendo ruido, el miedo ya era peor que cualquier castigo. Miraba de reojo a Karl Iványich, pero él seguía ahí, con su libro en la mano, y era como si no se hubiera dado cuenta de nada.

En el centro de la habitación había una mesa cubierta con un hule negro y roto, de debajo del cual, en muchos lugares, asomaban los bordes, rajados por nuestros cortaplumas. Alrededor de la mesa había algunos taburetes sin pintar, pero pulidos por el largo uso. La última pared estaba ocupada por tres ventanitas. He aquí la vista que se tenía desde ellas: justo debajo de las ventanas estaba el camino, en el que cada bache, cada piedrecita, cada surco me

eran conocidos y queridos desde hacía mucho tiempo; más allá del camino, una alameda de tilos podados, a través de la cual en algunos puntos se veía una empalizada de ramas trenzadas; al otro lado de la alameda se veía un prado, a un lado del cual había una era y al otro, el bosque; lejos, en el bosque, se veía la pequeña isba del guarda. Desde la ventana de la derecha, se divisaba una parte de la terraza en la que solían sentarse los mayores hasta la hora de comer. A veces pasaba que mientras Karl Iványich me corregía la hoja del dictado, yo miraba hacia aquella parte y veía la cabecita negra de mamá y la espalda de alguna persona y oía llegar desde ahí, vagamente, la conversación y las risas. Me contrariaba no poder estar ahí y pensaba: «¿Cuando sea grande dejaré de estudiar y estaré siempre sentado con las personas que amo y no con el dictado?». La contrariedad se transformaba en tristeza y sabe Dios por qué me quedaba tan pensativo que no oía a Karl Iványich que se enojaba por mis errores.

Karl Iványich se quitó la bata, se puso su frac azul con almohadillas y fruncidos en los hombros, se arregló la corbata frente al espejo y nos condujo abajo, a saludar a mamá.

II

«MAMAN»

Mamá estaba sentada en la sala sirviendo el té. Con una mano sostenía la tetera, con la otra la llave del samovar del que el agua se derramaba por la parte de arriba de la tetera y caía en la bandeja. Pero, a pesar de que mamá miraba fijamente, no se percataba, como tampoco se percató de que habíamos entrado.

Son tantos los recuerdos del pasado que afloran cuando intentas revivir en la imaginación los rasgos del ser amado que éstos surgen confusos a través de los recuerdos y las lágrimas. Son las lágrimas de la imaginación. Cuando intento recordar a mamá tal y como era en ese tiempo, sólo se me aparecen sus ojos castaños, que siempre expresaban bondad y amor, un pequeño lunar en el cuello, un poco más abajo del lugar donde tenía unos cabellitos sueltos, un cuello blanco bordado, una mano suave y delgada que con tanta frecuencia me acariciaba y que yo besaba con tanta frecuencia; pero la expresión general de su rostro se me escapa.

A la izquierda del diván había un viejo piano de cola inglés; frente al piano estaba sentada mi hermanita Liúbochka,[1] una niña de tez morena que, con unos deditos rosados porque acababa de lavárselos con agua fría y con esfuerzo perceptible, tocaba los estudios de Clementi.[2] Tenía once años; llevaba un vestidito de lino corto y unos pantaloncitos blancos adornados con encajes, y las octavas sólo podía to-

[1] Liúbochka, diminutivo de Liubov, que significa 'amor'.

[2] Muzio Clementi (1752-1832), pianista y compositor italiano, autor de una célebre colección de estudios para piano.

carlas como *arpeggio*. A su lado, sentada con el torso vuelto hacia el piano, estaba Maria Ivánovna con una cofia de cintas rosadas, chaqueta corta de color azul y una cara roja y enojada que adquirió una expresión todavía más severa en cuanto entró Karl Iványch. Ella lo miró con aire amenazador y, sin responder a la reverencia que éste le había hecho, continuó llevando el compás con el pie y contando: «*Un, deux, trois; un, deux, trois*» con una voz todavía más fuerte e imperativa que antes.

Karl Iványch, según su costumbre, no prestó a esto absolutamente ninguna atención y, con su ceremonioso modo de ser alemán, se acercó primero a la manita de mamá. Ella volvió en sí, sacudió su cabecita como queriendo alejar con este movimiento los pensamientos tristes, le tendió la mano a Karl Iványch y lo besó en la sien arrugada al tiempo que él besaba su mano.

—*Ich danke, lieber Karl Iványch* ['Gracias, querido Karl Iványch']. —Y, hablando siempre en alemán, preguntó—: ¿Han dormido bien los niños?

Karl Iványch era sordo de un oído y ahora, con el ruido del piano, no había oído nada. Se inclinó más sobre el diván, se apoyó en la mesa con una mano y en un solo pie y, con una sonrisa que en ese momento me pareció el *summum* del refinamiento, levantó ligeramente la gorra por encima de su cabeza y dijo:

—¿Me perdona usted, Natalia Nikoláievna?

Karl Iványch, para no coger frío en su cabeza pelada no se quitaba jamás la gorrita roja, pero siempre que entraba en la sala pedía autorización para ello.

—Póngasela, Karl Iványch… Le preguntaba si los niños han dormido bien—dijo *maman* acercándose a él y en voz bastante alta.

Pero él, de nuevo, no oyó nada, se cubrió la calva con la gorrita roja y sonrió con mayor dulzura aún.

—Espere un momento. Mimí—dijo *maman* a Maria Ivánovna con una sonrisa—, no se oye nada.

Cuando mamá sonreía, su rostro, ya de por sí bello, se hacía infinitamente más hermoso y parecía que todo alrededor ganase en alegría. Si en los momentos difíciles de mi vida hubiera podido ver, aunque fuera fugazmente, esa sonrisa, no sabría lo que es el dolor. Yo creo que en la sola sonrisa consiste eso que se llama la belleza del rostro: si la sonrisa añade encanto al rostro, entonces es bello; si no lo cambia, entonces es ordinario; si lo arruina, entonces es feo.

Después de haberme saludado, *maman* tomó mi cabeza con sus dos manos y la echó para atrás, luego me miró fijamente y dijo:

—¿Has llorado hoy?

No respondí. Me besó en los ojos y me preguntó en alemán:

—¿Por qué has llorado?

Cuando conversaba con nosotros de manera amistosa, siempre hablaba en esa lengua que conocía a la perfección.

—He llorado en sueños, *maman*—dije, recordando el sueño que había inventado con todos sus detalles y estremeciéndome involuntariamente al pensarlo.

Karl Iványich confirmó mis palabras, pero no dijo nada del sueño. Después de haber hablado un poco más del tiempo—conversación de la que participó Mimí—, *maman* puso en la bandeja seis terroncitos de azúcar para algunos sirvientes meritorios, se levantó y se acercó al bastidor que estaba al lado de la ventana.

—Bueno, ahora id a saludar a *papa*, niños, y decidle que pase a verme antes de ir a la era.

La música, el conteo y las miradas amenazadoras comenzaron de nuevo y nosotros nos fuimos a buscar a *papa*. Des-

pués de pasar la habitación que desde tiempos del abuelo conservaba el nombre de *cuarto de servicio*, entramos en el despacho de papá.